

Un jefe activo y emprendedor apareció en el partido conservador en aquellos días. Se apellidaba Cajen, y su nombre se hizo popular en todo el país. El estreno de sus operaciones fué la toma de la ciudad de Durango, con un puñado de hombres. El general juarista Patoni que defendía la plaza, se vió precisado á abandonarla; y D. Domingo Cajen, con su valor, actividad y buen comportamiento, consiguió pacificar por completo y en pocos días el Estado.

Mientras esto pasaba en el interior, el ejército de Miramon se acercaba á Veracruz, donde los liberales se disponían á su vez á la defensa. Estos, con el fin de  
 1860. quitarles todos los recursos á sus contrarios,  
 Febrero. incendiaron los campos para que los cuerpos de caballería no encontrasen ni un grano de cebada, ni paja, ni aun yerba que dar á los caballos, y destruyeron todos los edificios que se encontraban en las cercanías de Veracruz. ¡Terribles resultados de las guerras civiles! ¡puentes destruidos, campiñas assoladas, edificios arruinados, familias en la miseria, llorando entre las derrumbadas paredes de la humilde casa que les cobijaba, he ahí los fúnebres cortejos de las contiendas civiles! Yo desembarqué en Veracruz en esos días, el 24 de Febrero; y al dirigirme á Méjico por Medellín y la Soledad, mi corazón se comprimió de dolor y mis ojos se cubrieron de llanto al salir de este último punto y ver las que pocos años antes dejara feraces campiñas y risueños caseríos, convertidos en páramos carbonizados y en aldeas destruidas. ¡Y cómo no verter lágrimas cuando al volver al país que se ama, donde se ha formado familia, donde se tienen

amigos y relaciones, donde uno ha pasado épocas deliciosas de su juventud y ha recibido las demostraciones más marcadas de deferencia y de aprecio de parte de sus habitantes; al país que uno considera como su segunda patria, que es la patria de sus queridos hijos y su esposa, cómo no verter lágrimas, repito, al verle destrozado por la guerra fratricida, y ver convertido en páramo el oasis, el eden de la América!

Los constitucionalistas se replegaron á la plaza de Veracruz, y se dispusieron á defender la ciudad á todo trance. Como sabían que el general de marina D. Tomás Marin, se había ocupado en la Habana de comprar dos vapores á particulares, para armarlos en guerra al llegar á Veracruz, trabajaron sin descanso en buscar los medios de destruir la escuadrilla que pudiera formar. Cuando en esto y en poner la plaza en un estado de defensa formidable se ocupaban, llegué yo de la Habana á Veracruz, en el vapor «Méjico.» Lo primero que al visitar el buque nos preguntaron, fué qué número de barcos tenía el general, cuáles eran las condiciones de ellos, y en qué día se harían á la mar. Satisfechas sus preguntas, se nos dijo por el oficial del puerto que fué á hacer la visita, que, habiéndose declarado por el comandante general de Veracruz la plaza en estado de sitio, nadie de los que saltasen á tierra, podría salir de la ciudad hasta que aquél no terminase, lo cual se nos avisaba para que eligiésemos el quedarnos en la población ó volvernos á la Habana. Todos los pasajeros preferimos sufrir las consecuencias del sitio, y saltamos á tierra; pero no bien pisamos el muelle, cuando se nos dió orden de salir inmediatamente de la

ciudad hacia Méjico. Eran como las dos de la tarde y no habíamos comido, creyendo hacerlo en tierra: pedimos que se nos permitiese tomar algo y buscar algún carruaje ó caballos en que emprender el viaje; pero las órdenes eran terminantes, y nada se nos permitió: una fuerza de soldados había ido por nosotros, y en medio de ella, con los cargadores que llevaban nuestros equipajes, cruzamos la ciudad bajo un sol abrasador, sin haber tomado alimento, y con la doble pena de saber que fuera de la población no había ni una sola choza donde albergarse, pues que todo

1860. Febrero. había sido destruído á fin de privar á las tropas conservadoras que se dirigían á poner sitio, de todo punto que les proporcionase comodidad en las inmediaciones de la plaza. Ignoro qué razón habría para hacernos salir de la ciudad inmediatamente, cuando si saltamos á tierra fué en virtud de disposición diametralmente opuesta. Ninguno de los que habíamos desembarcado, era militar. Todos, excepto yo, eran comerciantes; y, por lo mismo, personas que no podían inspirar recelos á la autoridad. Si se había tomado la segunda determinación con el objeto de que en la plaza hubiese menos número de consumidores en los momentos del sitio, se nos podía haber dado siquiera algunas horas de plazo para salir de la población, á fin de que pudiéramos proporcionarnos cabalgaduras con que poder emprender el largo y penoso camino que teníamos que andar. La disposición, bajo cualquier aspecto que se mire, fué innecesaria y demasiado dura para los que tenían que sufrirla.

No quiero pasar en silencio un episodio que en esos

momentos me aconteció. Cuando marchaba, como todos mis compañeros de viaje, entre bayonetas, acertó á pasar por donde íbamos, un mejicano, amigo mío, hombre de vasta instrucción, y uno de los poetas más distinguidos que ha producido Méjico. Al ver el grupo de personas que salían custodiadas por soldados, fijó, como era natural, la vista en ellas, y al verme, corrió hacia á mí á abrazarme. — «¿Qué es esto?» me preguntó, «¿qué acontece con ustedes?—¿Qué ha de acontecer? que se nos dijo que quedaríamos en la ciudad, y ahora, en virtud de una nueva orden, se nos hace salir de ella sin darnos permiso para procurarnos ni comida, ni carruaje, ni caballos en que marchar.—Sí; pero esa orden es preciso que no hable con usted: los *copleros* en todas partes somos hermanos y debemos favorecernos mutuamente. Señor oficial, añadió, dirigiéndose al que mandaba la fuerza que nos conducía, este caballero va conmigo: yo respondo de él.—«Muy bien,» respondió el oficial, dejándome salir de entre las filas.

La persona que se había interesado en mi favor, era muy conocida y respetada en el partido liberal á que pertenecía: era el distinguido literato y poeta D. Guillermo Prieto, á quien me complazco en tributar este recuerdo de profunda gratitud, y que entonces tenía á su cargo la administración de correos. Entonces le supliqué extendiese su favor á un amigo mío apellidado Rodriguez, que se sentía bastante malo, y temía yo que fuese el vómito, y conseguí que se le dejase permanecer en la ciudad.

Don Guillermo Prieto se dirigió inmediatamente, llevándome en su compañía, á casa del comandante general, que era el Sr. Iglesias, y le dijo lo que había hecho, añadiendo que al siguiente día, muy tem-

prano, me pondría en camino, lo mismo que mi compañero de viaje Rodríguez. El comandante general obsequió lo hecho por D. Guillermo Prieto, y éste me llevó á su casa, donde dispuso para mí la única cama que tenía, que era la suya, me dió un tomo de la historia de España para que leyese un rato, si gustaba, antes de dormirme, se despidió de mí, porque muy temprano y antes de que yo despertase tenía que salir de casa, y se marchó á otra pieza donde durmió sobre un sofá.

1860  
Febrero. En cuanto amaneció me levanté y marché á la posada en que estaba Rodríguez, para ponernos inmediatamente en camino, como lo habíamos prometido. Nuestro primer cuidado fué comprar pan, queso y algunas otras cosas con que poder favorecer á los demás compañeros de viaje, los cuales habían pasado la tarde y la noche en el campo, fuera de la ciudad, junto á las murallas, sentados en sus baúles, sin haber tomado alimento ninguno, pues, como tengo dicho, todas las casas inmediatas á la ciudad habían sido destruídas para impedir que los conservadores, al acercarse, se fortificasen en ellas. Después de haberles dado los víveres que habíamos conseguido, logramos alquilar algunos caballos, y emprendimos el viaje hacia la capital de Méjico. Al llegar á Medellín encontramos en un mesón, un carruaje norteamericano, y lo alquilamos para poder viajar con menos incomodidad, entregando allí los caballos á uno de los individuos que nos habían acompañado. Al siguiente día llegamos á la Soledad, donde encontramos al ejército de Miramon, disponiéndose para marchar sobre Veracruz. Con efecto, al siguiente día le vimos salir hacia Veracruz al frente de cuya plaza llegó el 2 de Marzo, esta-

bleciendo inmediatamente sus baterías para atacar la ciudad.

El puerto de Alvarado, así como todos los pueblos de la costa, se pusieron á disposición del gobierno establecido en Méjico. Miramon situó, en distintos puntos, cuatro baterías, siendo la principal la que mandó colocar en la Cruz de Alvarado, lugar que se halla al frente del camposanto. Todo lo tenía perfectamente dispuesto por la parte de tierra, y solo esperaba la llegada de la escuadrilla al mando del almirante Don Tomás Marin, para quitar á los sitiados todos los recursos. El expresado marino mejicano salió de la Habana el 27 de Febrero con los dos vaporcitos que había comprado á comerciantes de aquella ciudad, por cuenta y orden del gobierno conservador, que era el reconocido por todas las potencias, excepto los Estados Unidos, que, aunque también lo reconoció al principio espontáneamente, cambió después de opinión.

1860.  
Marzo. El almirante Marin llegó el 6 de Marzo á la vista de Veracruz, y pasó de la parte Norte al Sur, por enfrente de la plaza, y en dirección al puerto de Antón Lizardo, como á seis millas fuera de la ciudad, en cuyo tránsito no quiso que el vapor «Marqués de la Habana» izase su pabellón, ni él juzgó conveniente izar el suyo. Para obrar de esta manera el general Marin tuvo presente las siguientes razones, que él mismo manifestó en una carta; primera, no darse á conocer de sus contrarios; segunda, considerar á los defensores de Veracruz, como rebeldes al gobierno reconocido por todas las naciones, y tercera, porque no existe una ley general que obligue al navegante á que

ize su pabellón al pasar á una distancia como en la que los vapores mencionados cruzaron á lo largo. Pero aunque, por precaución, el general Marin no quiso que sus buques izasen bandera al pasar al medio día á la vista del castillo de San Juan de Ulua, nadie ignoró quien los mandaba y el objeto que llevaban.

A las cinco de la tarde del mismo día 6, los dos vapores dieron fondo en Antón Lizardo, teniendo el «Marqués de la Habana» á su bordo veintisiete hombres de tripulación, marineros todos, y cosa de ciento cuarenta el «General Miramon» entre marinería y gente de guerra. Poco después de haber fondeado los dos buques, el general Marin envió un bote á un sitio donde estaba puesta una señal con anticipación convenida entre él y Miramon. El bote regresó á bordo con el jefe de escuadra graduado D. Luis Valle y el capitán de fragata D. Francisco Canal. El primero puso en manos del general Marin un oficio del general Robles en el que se le comunicaban nuevas instrucciones. En la media hora que duró la entrevista, Valle y Canal pusieron en conocimiento de Marin que el puerto de Alvarado se hallaba ocupado por fuerzas conservadoras mandadas por el general Ayestarán. Esta noticia fué altamente agradable para Marin, que conocía perfectamente la importancia de aquel punto. Al terminar la entrevista, el general Marin les dijo que el vapor «Marqués de la Habana» había llegado con algunas averías en la máquina, y que para que perteneciese á la marina mejicana, era preciso que se cumpliesen las condiciones que se habían estipulado con su dueño al salir de la Habana. Había sido una de ellas que el buque no se nacionaliza-

ría como mejicano, sino cuando llegase á las costas de la república mejicana, conservando entre tanto su mismo nombre.

Canal y Valle convinieron entonces con el general Marin, en que éste les enviaría al amanecer del siguiente día el bote, para que el primero volviera con el objeto de tomar el mando del «Marqués de la Habana» después de las formalidades debidas de recogerse la patente por el cónsul ó uno de los señores comandantes de los buques de guerra españoles que estaban en Sacrificios, que también se le enviarían cien hombres para distribuirlos en ambos buques.

De acuerdo en todo, los Sres. Canal y Valle se despidieron del general Marin y se dirigieron á tierra, quedando el último sumamente satisfecho de lo bien dispuesto que estaba el sitio por Miramon. En el momento que entró la noche, el general Marin tomó las precauciones debidas para estar listo en un caso necesario, y después de recomendar al oficial de guardia la vigilancia, bajó á su cámara á las diez de la noche para descansar de las fatigas del día y de la noche anterior.

El general D. Miguel Miramon quedó contento con los informes que le dieron los oficiales Canal y Valle, y no dudó de que la plaza, privada de todo auxilio por la mar, se vería precisada á rendirse. Pero es que al acariciar esta esperanza, Miramon ignoraba que la escuadra norte-americana, interesada en el triunfo de Juarez, se proponía destruir con los poderosos buques que tenía en Veracruz, los débiles vaporcitos que constituían la escuadrilla mejicana. Era imposible que por la imaginación de nadie cruzase la idea de que la ma-

rina de los Estados Unidos violase la neutralidad y el derecho de gentes, interviniendo á mano armada en una cuestión ajena á su nacionalidad. Pero nada es más cierto que ese hecho inesperado.

A las ocho de la noche del 6, los buques de guerra franceses, ingleses y españoles, surtos en Sacrificios, vieron que se acercaban de Veracruz algunos barcos. Eran los vapores *Indianola* y *Wave*, comprados por el gobierno de Juarez á los Estados Unidos, y la corbeta de guerra *Saratoga*, de cuarenta cañones, perteneciente á la marina norte-americana, que salía remolcada por el segundo. Al reconocer los jefes de las respectivas escuadras surtas en Sacrificios á la *Saratoga*, ordenaron que todos los buques izasen sus faroles de situación. La *Saratoga* y los dos vapores que le acompañaban, como si tratasen de ocultarse á la vista de todos, no izaron ni una sola luz, dejando así de corresponder á la demostración hecha en su obsequio por los buques fondeados en Sacrificios.

1860. En este silencio, y tratando de ocultar su  
Marzo. marcha en la oscuridad, la *Saratoga*, remolcada por el vapor *Wave* y llevando al costado al *Indianola*, continuaron su marcha con dirección al puerto de Antón Lizardo donde había fondeado la escuadrilla de Marin. Serían las once de la noche cuando el oficial que vigilaba en el vapor «General Miramon,» advirtió que se acercaban barcos por la popa. Inmediatamente bajó á avisar al almirante Marin, de lo que pasaba. Este, que descansaba en su lecho, se levantó en el acto, y sin ponerse los zapatos para no perder el tiempo, subió á cubierta sin detener-

se un momento. Los buques se hallaban ya muy cerca, y se aproximaban á toda prisa. El general Marin mandó á grandes gritos, que se levantase toda la gente, y dispuso que se activase el fuego de la máquina que había quedado con algún vapor por vía de precaución, y que no se levantase el ancla. Apenas se había terminado esta maniobra, cuando los buques se habían acercado mucho más, dispararon un tiro con una granada, y en seguida otro. El general Marin creyó que los barcos que se acercaban y le hacían fuego eran las lanchas de los liberales remolcadas por los vapores, y en el instante les contestó con los cañones del «General Miramon.» Entonces tomó el anteojo, y con sorpresa distinguió que no eran lanchas, sino un buque de tres palos el remolcado. D. Tomás Marin comprendió en el instante que aquel barco pertenecía á la marina de guerra norte-americana, y como tenía orden de su gobierno de evitar toda complicación con el de los Estados Unidos, mandó que no se hiciese fuego. Pero la suspensión de éste de parte de la escuadrilla mejicana, fué motivo para que impunemente se acercasen la *Saratoga*, el *Indianola*, y el *Wave*.

El vapor *General Miramon* anduvo entretanto un poco más, pues el pensamiento del general Marin era ponerse en movimiento para ponerle en franquía y ver si lograba descabezar el bajo. Pero no le fué posible, porque murieron inmediatamente los dos primeros timoneles, faltando al buque el gobierno al tomar la dirección del bajo, en donde se varó de proa, y aunque fueron otros dos timoneles uno para poner la bandera y el otro para gobernar, éste también fué muerto, ba-